

La Rana Roja



(SEGUNDA ÉPOCA) En nuestro blog <http://elclubdelossatiricos.blogspot.com> , podrán hallar nuestros ciberlectores todo lo que hemos publicado de 4 archivos hasta ahora: Poesía Erótica, Festiva, Parodia Poética, Poesía Escatológica y Micro Cuentos y Relatos de la eximia revista satírica literaria la Rana Roja. Ya está en el Blog la Poesía Satírica.

DIRECTORIO

DIRECTOR GENERAL: Juvenal Bardamu

Subdirector: Gonzalo Martré

Catástrofes imaginadas, pero posibles, es la serie satírica que, en su segunda época presenta la insuperable revista literaria **La Rana Roja** a partir del número uno. Los escritores de Ciencia Ficción, comenzando por Julio Verne, han sido profetas de la ciencia, la sociedad y la historia. Gonzalo Martré, en su modalidad de profeta ha vaticinado ya algunos acontecimientos muy notables.

Después del perro, ocupémonos del gato. Queremos a los animales domésticos, algunos son inútiles, adornos nada más, otros son muy útiles, pero de todos modos unos y otros son inofensivos y los queremos mucho. Pero, ¿nos hemos puesto a pensar que algún día cambien su modo de ser? ¿Qué pasaría? Se ha especulado mucho sobre este tema, la Rana Roja presentará algunas variantes que quedan inscritas dentro de las catástrofes imaginadas, pero posibles. En este número, le corresponde maullar al gato. Son tan adorables los gatitos.... dígalos si no, Micfuz y Micifuza, debido a la enfermiza imaginación de Gonzalo Martré.

MICIFUZ Y MICIFUZA



Respetuosamente, ante la luz roja, detuve el auto. La noche era cálida y, desafiando al peligro de un atraco transitaba con la ventanilla derecha medio abierta. Vi luz verde y a punto de arrancar un par de bólidos negros saltaron velozmente por el hueco y aterrizaron casi en mis piernas con la velocidad de un jet. Me asusté porque un enorme perro pastor alemán seguido de una jauría gruñona y ladradora arañaba el costado de mi carcacha precisamente debajo de la ventanilla. Contemplé adentro dos gatos negros medianos arrebuajados en el piso a mi derecha mirándome lastimeramente como si fuesen prisioneros en la base gringa de Guantánamo. No lo pensé más, arranqué perseguido por la jauría furiosa que babeaba y escupía espumarajos detrás de mi defensa trasera, como cualquier motociclista de tránsito en pos de su primera presa de la mañana. Aprovechando varios semáforos en verde, aceleré y pronto perdí de vista a las bestias.

Los dos gatos idénticos treparon al asiento y ronronearon en mis piernas agradeciendo ese acto de salvamento tan oportuno. Tuve un pálpito, malo es que un gato negro se cruce en el camino de uno, pero doblemente malo es que sean dos; aunque la superstición no forma parte de mis mis cargas emocionales, un ligera preocupación me desazonó. Con mi mano derecha toqué sus lomos, ambos desusadamente fríos, casi helados, frío de tumba. Retiré presto mi mano, ¿eran dos gatos ya muertos? Pero no, se movían un poco, difuntos no se hallaban, bien vivos, pero fríos, como una paleta helada de limón, pero no húmedos; volví a tocarlos para cerciorarme de que mi primera sensación era la correcta. En efecto, gélidos como un tubo de acero en la intemperie de una noche invernal seca. Quizá por tal rareza los perros los siguieron -supuse-, los canes son muy desconfiados. Subí el vidrio pues no deseaba otro ataque canino y seguí rumbo a mi departamento de interés social en la Unidad Loma Hermosa. Me estacioné, destrabé la portezuela derecha invitando a los bichos a salir, caminaron muy cautelosos, mirando y oliendo a su alrededor. Pensé que mi buena acción del día hasta ahí concluía, ni modo de regresarlos, porque ni me acordaba del sitio, no debería tentar más a la mala suerte. Aquellos mininos eran agradecidos porque se pegaron a mis talones y cuando abrí la puerta del depa, ubicado en la planta baja, se colaron de rondón en mi hogar de soltero como si fueran paracaidistas de la Asamblea de Barrios (a la cual yo pertenecía, orgullosamente) invadiendo un lote ajeno.

Nunca fui amigo de las mascotas de ninguna especie. Pero el gesto implorante pintado en sus bigotes me puso más compasivo que Alá y les permití el paso. ¡Jamás lo hubiese hecho! Abrir mi puerta y destapar la caja de Pandora podrían ser actos insensatos y devastadores de consecuencias ominosas. No obstante, compulsivamente de mi pequeño refrigerador saqué un cartón de leche, puse un plato en el suelo y lo llené. Los felinos se acercaron, olieron, y se negaron a beber. ¡El susto no había sido para menos, hasta perdieron el apetito! concluí y puse el plato en un rincón a su alcance y en seguida saqué una cheve del refri, prendí mi televisor, me preparé una torta de queso de puerco y comencé a ver una película del canal 11 atiborrada de anuncios. Bueno, el canal 11 supuestamente cultural interrumpía sus películas con tantos anuncios como el canal 5, el despreciable canal 5. Pero ni modo, pasaban una vieja película de vaqueros llamada “El tuerto Jack” con nada menos que Marlon Brando y no podía despreciarla. Además, aún no tenía sueño, al día siguiente era sábado y podría levantarme tarde. Después de los

créditos me di cuenta del doblaje: ¡qué infamia!, ver una película de Brando hablando español con claro acento cubano me producía náuseas. Cambié al 22 y aunque no exhibían nada del otro mundo, al menos era hablada en el idioma original: italiano. Ese sí era un idioma bonito, el que hablaba Don Corleone, Johny Stompanato, Vito Genovese y otros caballeros de industria.

Dos horas y media después (también anunciaban profusamente), tres cheves y otra torta, ahora de jamón y me dispuse ir a mi camita. Le eché una ojeada al plato de leche y se hallaba intacto. Ya la beberían, porque ratones ni pintados en mi humilde, pero aseado depa y bebían la leche o tendrían que salir al día siguiente a buscar el sustento en los andadores, maniobra nada recomendable porque en la unidad abundaban los perros sueltos.

Mientras dormía tuve un sueño desconcertante: soñé con los dos gatos negros idénticos, a quien puse por nombres los nada originales de Micifuz 1 y Micifuz 2; en el sueño los gatos estaban disfrazados de catedráticos, con toga y birrete, yo era su alumno y ellos escribían con gis en el pizarrón una fórmula extraña: $Nb_3(AlGe)$. Llenaron el pizarrón con repetidas veces la fórmula y yo me debatía pensando en su significado, escribían y mediante maullidos me indicaban que pusiera atención.

Cuando desperté, la formulita dichosa no desapareció de mi mente, se incrustó en ella; con los ojos abiertos o cerrados la tenía presente. Mientras desayunaba la veía y, hablando de desayuno, ¿los bichos habían desayunado? No, la leche estaba intacta. Gatos de comportamiento insólito, como los de Cheshire o el archifamoso gato de Schrodinger. Preocupante, muy preocupante.

La fórmula nada me decía. Mis conocimientos de química adquiridos en la Prepa no servían para entenderla. Ubicaba a duras penas un elemento de los tres: el aluminio. De los otros dos ni noticia. La persistencia de la fórmula me obligó a buscar la identificación de los otros dos elementos: en mi viejo libro de química del profesor Mosqueira hallé que Nb era el símbolo del Neobio y que Ge era del Germanio, ambos elementos poco comunes del quinto y sexto niveles energéticos de la tabla cuántica, elementos escasos. La combinación de los tres no figuraba en mi libro, debería de buscar en otro más avanzado. Ya no tenía más libros de química, pero la fórmula bailaba una danza sicalíptica en mi cerebro, entonces fui al café internet más cercano, alquilé un aparato y busqué por nombres. Escribí la combinación en Google y la busqué: la respuesta fue casi satisfactoria, se trataba de una aleación superconductor. ¿Y yo, qué sabía de los superconductores? ¡Nada, absolutamente nada! Pero Google me sacó de nuevo de aprietos y averigüé que los superconductores fueron descubiertos a principio de siglo XX por una bola de tipos que recibieron el premio Nobel por esa hazaña científica. Y que sin ellos la tecnología actual estaría en pañales y que, gracias a ellos podía estar sentado viendo en la pantalla todo lo referente a sus propiedades y acción. Y un sin número de maravillas más.

Regresé a casa sabiendo algo de los superconductores cerámicos, a los cuales sin duda pertenecía la mentada formulita.

Cuando llegué me recibieron mis no-invitados con maullidos famélicos, parecían darse cuenta de mis flamantes conocimientos ¿Sería esa su comida? Deduje afirmativamente, porque, ¿acaso no insistimos en nuestra comida diaria?

Mentalmente accedí a conseguirles un kilo o más del superconductor de marras. Y entonces se enredaron en mis piernas, untuosos, relamidos ...y helados. Me senté y los subí a mi regazo. Los examiné, no eran iguales porque uno era macho y otro hembra. Decidí nombrarlos definitivamente Micifuz y Micifuza. En el acto comprendieron su bautizo, hice varias pruebas, los alejaba y llamaba a Micifuz, entonces Micifuz corría a sentarse en mis piernas. Lo mismo con Micifuza. En verdad, los gatos me cayeron muy bien pese a su naturaleza fría, y decidí adoptarlos: ¡craso error!

Esa noche volví a soñar con la pareja. En el sueño los veía tragar el superconductor granulado; lo comían engolosinados. No me cupo ya duda, ¡esa era su comida! Debo confesar que me cayó un poco raro que tragaran algo tan difícil de digerir porque normalmente los gatos comen piltrafa de carne cruda o, ya muy condescendientes, alimento balanceado. ¿Tenía importancia eso? Micifuz y Micifuza sentían predilección por ese superconductor al cual le puse por nombre “Truchón”, porque conocida es la afición al pescado de los felinos. Pasó el domingo, la noche para amanecer lunes volví a soñar con los gatos exigiendo, ya no pidiendo, ya no solicitando su “truchón”.

El lunes, desde la oficina burocrática donde prestaba mis servicios busqué telefónicamente en las casas proveedoras de materiales químicos y ninguna tenía truchón. El truchón, me explicó una voz femenina muy amable, venía importado, desde luego, ellos me podrían conseguir unos 100 gramos, pero de ninguna manera un kilo. Su precio era oneroso: quinientos euros los cien gramos, venía de Francia y debería de hacer un pedimento especial. ¿A qué casa representaba yo? Di las gracias.

Cuando volví a mi domicilio, *supe* que Micifuz y Micifuza conocían mi fracaso achacable al estado paupérrimo de mis finanzas. No se desanimaron. Sentí la necesidad compulsiva de jugar a la lotería, salí a la calle e invertí todos mis ahorros en medio entero del sorteo de los martes. Al día siguiente era el sorteo, fui presa de una curiosidad imperiosa por ir a presenciarlo en el edificio de sorteos de la Lotería Nacional, pero también la de llevar a mis atosigantes gatos. Improvisé una bolsa especial y entré con ellos al salón; los custodios de la puerta se hicieron disimulados. Me senté hasta atrás, pude sentir como los felinos me lo ordenaron. Y también abrigué la certeza de que obtendría el premio mayor. Y así fue, durante el sorteo ambos bichos mantuvieron sus cabezas afuera de la bolsa sin dejar de ver las esferas en movimiento y me estremecí de alegría cuando el chico gritón cantó mi número: hice cuentas rápidas, era dueño de un millón de pesos...menos los impuestos, claro. No era muy ética esa maniobra para obtener grandes sumas de dinero. Pero tampoco lo era de parte de los especuladores de la bolsa, quienes, es sabido, carecen absolutamente de ética. Esta reflexión trajo paz a mi espíritu, sobre todo porque intervenían los gatos. ¿Acaso un gato es un ser honorable?

Al día siguiente me dieron un cheque, abrí una cuenta en el banco y ahí deposité el importe del premio. Lo obtenido alcanzaba hasta para dos kilos de truchón y podría renovar mi cantina, ¡comprar whisky del caro!

Fui al portal de Santo Domingo y mandé hacer una tarjeta de agente de compras de la Casa Supermin, S.A.(Supermininos, S.A.) e hice un pedimento de 500 gramos de truchón granulado q.p. a surtir en cosa de un mes por no ser cliente habitual. Me acostumbré a llevar todo el tiempo a los mininos en una bolsa diseñada para los asuntos de Supermin. Me entraron sospechas, dudas: ¿quién adoptaba a quién, yo a los bichos o ellos a mí? Presentí desgracias, empero, al contrario, mi situación económica había dado un vuelco sensacional. De humilde burócrata de quinta a millonario en pocos días. Ni que fuese amigo del presidente en turno del país.

Si bien yo dormía mis ocho horas diarias, Micifuz y Micifuza no. Se las pasaban inventando como ganar más dinero. Fuimos al hipódromo, ganamos, pero no tanto. Fuimos a Caliente, ganamos, pero no tanto. Volvimos a la Lotería Nacional, le “pegamos” al gordo de los diez millones con cuatro series y hubo para comprar mucho más truchón. En eso llegó la primera importación, fui a la agencia aduanal, recogí mi mercancía, la llevé a casa y, tal como deduje inteligentemente, los dos mininos se comieron el granulado en un santiamén. ¡Putá, que hambre!

Viajamos a Las Vegas, a Reno y a Atlantic City. Nos trajimos un bonche de lana. Yo dejé la chamba de burócrata y me compré una mansión en Interlomas. Puse una oficina con la razón social inventada y una primorosa secretaria se encargó de todos los trámites aduanales de compra de truchón. Yo, ya era otro. Otro opulento, respetable: ¡don Gastón Billetes! Empecé a fumar puros de gran marca.

Entonces comenzaron las dificultades para conseguir más truchón. Empléé la asesoría de un químico de prestigio de nombre Luis González el cual me explicó que tanto el Neobio como el Germanio eran muy difíciles de conseguir porque los acaparaban los grandes industriales transnacionales. Mis compras excesivas habían elevado mucho el precio y por lo pronto en el mercado internacional no se conseguía un gramo de truchón. ¿Me servirían otros superconductores? Micifuz y Micifuza declararon que no; su apetito se volcaba tan sólo al truchón. Nos pusieron en lista de espera y nos advirtieron una elevación inmoderada del precio

Y mientras esperábamos un kilo de truchón procedente de Rusia, Micifuz y Micifuza se reprodujeron. Nunca los sorprendí ensartados, jamás escuché la melopea habitual de los felinos en el trance de la cópula y, sin embargo, una mañana hallé la casa llena de gatitos negros idénticos a Micifuz y Micifuza. Comencé a contarlos, cuando llegué a doscientos perdí la cuenta porque como eran iguales se me revolvían. A ojo de buen cubero calculé algo así como mil. Malthus se hubiese quedado estupefacto: ¡Qué manera de reproducirse! La casa se enfrió notablemente, pues los mininos bebés eran tan fríos como sus padres. Tuve que usar abrigo adentro. Nada más de pensar en alimentar ese animalerío sentí venir grandes problemas. No por falta de dinero, Micifuz y Micifuza habían hackeado al Citibank y nuestra cuenta corriente era impresionante, ya iba en camino de emular a Slim, el Citygroup a la bancarrota.

Sin embargo, los problemas de alimentación de la prole felina no se presentaron, porque a los tres días los gatos se fueron. De repente los vi salir de la casa en fila ordenada de dos en fondo, en pleno día. Me puse a chatear con Micifuz y Micifuza en la supercomputadora que poseíamos y la cual había servido para hackear a Citibank. ¿A

dónde fueron? La respuesta fue un tanto romántica: A recorrer el mundo, deseaban conocerlo, poseen espíritu aventurero, como nosotros. ¿Regresarán? *Nunca*. ¿Y los perros? *Ya no son problema, pueden paralizarlos con una mirada cruzada de ambos*. ¿Y aquellos perros que los perseguían cuando los conocí? Estábamos casi sin energía, apenas la suficiente para huir, no podíamos defendernos. ¿Y habrá suficiente truchón para sus vástagos? Sí, cada pareja lleva lo necesario para sobrevivir dos semanas. Transcurridas éstas serán adultos y se las arreglarán para conseguir su truchón, así como nosotros resolvimos nuestro problema. ¿Y no extrañan a sus hijos? No, porque tenemos que generar algunas camadas más; nos quedaremos contigo una temporada, te estamos muy agradecidos por tu bondad hacia nosotros. Ahora conoces nuestro poderío mental; somos capaces de hacer explotar los volcanes Popo e Izta, si queremos y nos es necesario. Después te dejaremos, pero bien protegido. Deseamos ayudarte en algo, aparte de engrosar tu fortuna. Sabemos que el dinero no basta. ¿Habrá algo que ambiciones intensamente y no se pueda comprar con dinero?

¡Vaya que sí lo había! Entonces escribí en la pantalla. Necesito eliminar cierta gente indeseable. Hacerla desaparecer de la superficie de este país. Gentuza indecente. Para eso -explicaron Micifuz y Micifuza-, es necesario que nos pongas a tiro. No podemos eliminarla nada más pensando en ellos. Has visto como ganamos dinero, tenemos que estar presentes en el hipódromo, o en la Lotería, o en los casinos. Tú muéstranos una foto y luego llévanos cerca de ellos, les tronaremos el coco. ¿Qué tan cerca? No mucho, con cien metros alcanza.

Se trataba de políticos. De políticos que estaban acabando con mi país, saqueándolo, destruyéndolo prácticamente. La impunidad de los políticos mexicanos era absoluta; hicieran lo que hicieran en contra del país, ahí seguían. Bueno, ahora era yo impune, como ellos, pero existía una gran diferencia: ¡yo no era político!

Comenzamos con la mujer más corrupta no tan sólo del país, sino del planeta: doña Melba Mester Fundillo, dueña del sindicato oficial más grande de América Latina: ¡un millón de agremiados!. Les enseñé una foto del periódico. Al verla, Micifuz y Micifuza se engrifaron asqueados y se pusieron más fríos por la cólera sentida.



Por medio de la supercomputadora nos metimos en los sitios de los reporteros políticos, esos que saben cuando y dónde estará un político en público. Habría que esperar la oportunidad. Mientras, ¿había otros en mi mente? Les hice una pequeña lista: don Emilio Balboa Ladrón, don Marco Clavio Poltrones, don Chucho Bueyes Peroles II, don Chucho Naipes, doña Beto Paredón, don Manuel Espino y don Fecal, por lo pronto, porque en realidad la lista era tan larga que podría asustarlos (no quise enterarlos de lo abusivamente corrupta de la clase política en el poder), podríamos integrar una cuerda a las Islas Marías con cinco trenes de 30 vagones cada uno y no acabaríamos con los corruptos.

El primero en caer fue el gordo Bueyes Peroles II, director general de la paraestatal petrolera, quien pretendía fusionarla con Repsol para hacer la Pemexsol con capital mayoritario gachí. Un 18 de marzo, aniversario de la expropiación petrolera, el gordo asqueroso hablaría ante el sindicato para prometer que PEMEX jamás sería privatizada, práctica de engaños muy común en el país; se negaba lo que ya estaba en vías de hacerse. A la lista sumé el secretario general del sindicato petrolero quien se prestaba a la farsa.

Micifuz y Micifuza fabricaron mediante la supercomputadora un gafete que me acreditaba como enviado del periódico El País. La reunión era en el Auditorio Nacional (ya privatizado). Daba fe del acto en representación de Fecal el anodino secretario del Trabajo. Lo sumé a la lista de ese día. Abundaban los senadores y diputados del PRI, del PAN y los “Chuchos” del PRD. Los agentes de seguridad vieron mi gafete, comprobaron sus listas y no pusieron objeción a que también entraran conmigo esos dos simpáticos gatitos negros. Ya en el recinto los solté y se fueron escurriendo en direcciones opuestas. Me exigieron alejarme del presidium. Debería mantenerme a diez metros de distancia. Obedecí. En ese presidium había como mil años de cárcel, estaban en el lugar equivocado, su hábitat natural era un presidio de alta seguridad y, sin embargo, detentaban el poder, dirigían el país hacia un cochino despeñadero.

Cuando los personajes enlistados estuvieron presentes los morrongos no esperaron más. Les frieron el cerebro. Hablaba el gordo parricida Bueyes Peroles II, juraba por el Tata y la sagrada patria que la industria petrolera nacional jamás sería privatizada; cuando hizo una pausa no pudo continuar hablando, miró a su alrededor, miró a Gomero Les Champs, el secretario general, como pidiéndole ayuda, pero éste también había perdido el habla y se llevaba las manos a las sienes. El gordo se sentó, con un pañuelo se limpió el intenso sudor que inundaba su cara, su rostro congestionado por una apoplejía inminente. El hombre que se encontraba junto de él no pudo prestarle ayuda porque sentía un estallido en las sienes. Y es que, Micifuz y Micifuza, para no errar, decidieron barrer con el presidium entero, al fin sus integrantes pertenecían a la misma ralea. Todos abatieron la cabeza sobre la mesa. Se creó una gran confusión, los guardias de seguridad trataban de reanimar a sus jefes, pero sus jefes estaban muertos en vida, respiraban sí, pero en sus ojos no había luz, algunos los tenían vueltos del revés. En la escandalera Micifuz y Micifuza llegaron hasta mí, los metí en su bolsa y salimos del auditorio confundidos entre la multitud que huía despavorida.

Pensé que el golpe habría sido una lección para los vende-patrias, que se darían cuenta de la gran amenaza en su contra. Pero no, Balboa Ladrón, Poltrones, Gómez Pont y la

Mester Fundillo hicieron frente común desafiando a los terroristas que de algún modo misterioso habían acabado con la vida de unos 25 miembros connotados del saqueo y entreguismo. Se presentaron en el noticiero televisivo de J. López Mentiras para declarar su solidaridad con el sistema. Retaron a los malditos terroristas árabes que trataban de inmiscuirse en nuestros asuntos petroleros; a ellos, valientes y denodados defensores de la patria ¡nadie podría doblegarlos! Salieron juntos, y antes de que abordaran sus coches blindados cayeron con el cerebro hecho puré. Llevé a los mininos con doña Chayito, la fritanguera de a la vuelta de mi casa famosa en toda la colonia por sus riquísimas empanadas de sesos. La verdad, después de que vi salir humito por las orejas de la señora Fundillo se me abrió el apetito.

Y así los demás, en fila india. Fecal fue el último porque casi no se presentaba en público y cuando lo hacía, vestía de militar y usaba casco de plomo que recubría todo su cráneo y parte de la cara, hasta los hombros. Se veía grotesco el hombrecito. Pero a su debido tiempo cayó, víctima de un infarto al miocardio. Los mininos también podían hacer chicharrones con las arterias coronarias.

Estas maniobras de ajuste de cuentas me llevaron algún tiempo. Cuando terminamos con Fecal, seguimos con el gober precioso, el gober hermoso y el gober piadoso.

La televisión y los periódicos hablaban de una nueva epidemia mundial. La gente moría por millones en todo el mundo, corruptos o no, patriotas y apátridas, de izquierda, centro y derecha, niños, jóvenes y adultos víctimas de embolias cerebrales o cardíacas.

Cientos de millones de muertos. Curiosamente, ahí donde se presentaba la devastación, existían miles y miles de gatos negros.

Se dio la orden de exterminarlos, por las dudas.

Orden tardía. Un par de gatos podían matar a todo un regimiento sin que sufriera mengua.

Pronto será el último humano vivo del planeta. El delirio de muchos escritores de ciencia ficción se habrá cumplido. Miren, estos cabrones siempre han sido profetas.

RECORDANDO A LA MAFIA

Allá por los años 60's hubo una mafia muy temida; quizá pudo haber sido el antecedente de cualquiera de las narcomafias que gobiernan actualmente este país, a las cuales se les llama elegantemente "Cártel". En esta comparación Fernando Benítez, el capo de todos los capos de aquella época, estaría representado hoy por "El Chapo"

Guzmán Loera y, Octavio Paz sucesor de Benítez, por “El Mayo” Zambada. Muy malos los cuatro cabrones.

Dos escritores encueraron a esas mafias lejanas y casi míticas: el novelista René Avilés Fabila (cumpliendo este año 70 añejos), quien con Los Juegos, una formidable novela satírica los exhibió como lo que eran: payasos ilustrados. Y por otra parte el poeta Enrique González Rojo (cumplió 80 el año pasado), cuya disección sociológica no tiene desperdicio por lo cual nos ufanamos de presentar.

I

Prolegómenos a una sociología de la mafia literaria

Por Enrique González Rojo Arthur

Aunque los contornos formales de una mafia literaria no son tan precisos como los límites de una agrupación política, no deja de poseer alguna estructuración orgánica. Es cierto que los integrantes de este “grupo selecto” no tienen un carnet, carecen de la obligación de pagar una cuota y no se ven en la necesidad de acatar determinados Estatutos. Ello no impide, sin embargo, que sus actos respondan a un cierto **código tácito** y que formen parte, más o menos destacada, de una asociación de contornos identificables. Realizar una sociología de la mafia literaria es una labor especialmente difícil porque hace suyo un **objeto** de análisis impreciso, de límites formales que se determinan con dificultad. Las cosas se complican, además, cuando tomamos en cuenta que los **participantes de la mafia** no sólo niegan su participación en ella sino la existencia misma del grupúsculo elitista. Una de las cláusulas más importantes del código tácito de la mafia es, en efecto, la obligación (por parte del escritor mafioso) de negar que exista la mafia literaria. Esta es la razón por la cual hay una **ideología de la mafia**. La forma de esta ideología, su carta de presentación, consiste en la declaración expresa de la ausencia de la mafia; su contenido se localiza, en cambio, en el hecho de que tal declaración, al ocultar la realidad del sector privilegiado, está puesta al servicio de los intereses de la mafia y sus

integrantes: nada más conveniente para la vida y el poder de la mafia que dar la impresión de inexistencia.

Los miembros de la mafia no niegan, desde luego, la presencia de una élite, una **intelligenza**, un “grupo selecto” en la cultura nacional; pero sostienen apasionadamente que quienes están en sitios privilegiados, se hallan ahí, no por obra de una mafia, sino por el valor extraordinario de la poesía, la novela, los cuentos o los ensayos de sus componentes. La afirmación de que la valía, la significación, la trascendencia de un escritor cualquiera es la **causa determinante** de su presencia en la “vanguardia intelectual del país” no es, desde luego, tomada muy en serio por sus propios portavoces. Si así lo fuera, no gastarían las energías que gastan en la conquista, consolidación y extensión de la base material, fundamentalmente extraestética, que les garantiza tanto individual como colectivamente “figurar” en la cultura nacional y hasta ser “alguien” en el boom latinoamericano.

Esta **base material** está constituida por la influencia que la mafia va logrando poco a poco en las casas editoriales realmente decisivas del país, en las revistas literarias, en los suplementos dominicales, en el otorgamiento de premios en efectivo de diferente carácter e importancia, en la distribución de becas y, desde luego, en las “**relaciones internacionales**” con la intelectualidad de otros países. La actitud de la mafia al respecto recuerda en gran medida el comportamiento de las órdenes religiosas en general y de la Compañía de Jesús en particular, las cuales, aunque hablan de las creencias religiosas como connaturales al hombre y depositan declarativamente en su confianza en la acción todopoderosa del espíritu, no dejan de hacerse a como dé lugar de las bases materiales que alientan la credulidad humana y asegura el papel de dirigencia espiritual de dichas órdenes sobre los feligreses.

Desde luego conviene subrayar que para ser miembro de la mafia el escritor debe presentar necesariamente ciertas características: es indispensable haber realizado, buena o mala,

una cierta producción literaria. Si la producción es mediocre, insustancial (pero “muy dentro de la línea”), no importa: la mafia puede sustituir la ausencia de grandes valores artísticos por un procesamiento **extraestético** que asegura al autor que se hable de él, que no deje de estar “en circulación”, que dé, incluso, la impresión de estarse codeando con la historia.

Para comprender la gestación de la mafia, vamos a hacer una comparación entre la actividad literaria y la práctica económica. Del mismo modo, en efecto, en que, en la historia del capitalismo, la libre competencia es desplazada por el **monopolio**, en la vida literaria la competencia individual (basada en el valor artístico efectivo de una obra) es desplazada por la mafia. Los actuales participantes de un grupo elitista, en general fueron en su momento competidores individuales que no pertenecían a ningún monopolio literario; sólo después se agruparon para obtener los **beneficios de la asociación mafiosa**, del mismo modo en que, por otro lado, en la historia del capitalismo, una vez que ha aparecido el monopolio, la libre competencia reaparece, en un nivel más alto, como **competencia intermonopólica**, también en la vida literaria hay frecuentemente más de una mafia o una pugna entre las diversas mafias que forman el ambiente literario nacional.

En los marcos de esta vida literaria en pugna, una mafia se manifiesta poco a poco como la fundamental y otra u otras como las subordinadas y secundarias. En México, por ejemplo, no sólo existe una mafia dominante (formada alrededor de la revista Plural) sino también otras (como la constituida en torno al suplemento La Cultura en México) que, aunque no jueguen el mismo papel, reúnen todas las características que nos permiten caracterizarlas como mafias. Es bueno subrayar, para terminar con esta comparación de la vida literaria y de la práctica económica que de la misma manera que los monopolios pueden establecer alianzas entre sí y hasta **fusionarse**, otro tanto ocurre o puede ocurrir con las mafias. No es raro, además, que haya una enconada lucha entre

ellas en lo que se refiere a ciertos aspectos y una decidida alianza en lo que alude a otros.

Decíamos más arriba que la mafia puede sustituir la ausencia de grandes valores artísticos por un procesamiento extraestético que asegura al autor los laureles de la gloria y las mieles de la fama. ¿Cuáles son los mecanismos que emplea para hacer tal cosa? Echa mano, desde luego, de los **elogios mutuos**. Si A publica un libro de cuentos, B y C harán sendas notas bibliográficas laudatorias en diversos suplementos literarios. Si, poco después, B edita un poemario, A y C harán, a su vez, los comentarios elogiosos requeridos. Si, por último, C publica una novela, A y B serán los encargados de realizar **imparciales** y entusiastas apologías. El propósito que persiguen los elogios mutuos es “armar ruido”. Pero la mafia emplea también **el silencio, la omisión: administra sabiamente ruidos y silencios**; el ruido, el “escándalo literario”, lo dedica a sus integrantes o “amigos de ruta”; la omisión “el cuerpo fantasmal del **ninguneo**” lo reserva para “**los otros**”: los que pertenecen a las “pequeñas mafias” o los que ingenuamente se hallan aún en el torbellino de la libre competencia. La mafia sabe con toda precisión de quién hay que hablar y de quién no. Si algún escritor de cierta importancia se pronuncia en contra de ella, la reacción normal en estos casos “una respuesta crítica” se hace a un lado a favor del “arma favorita”: el silencio. Es de esperarse, por ejemplo, que estos Prolegómenos a una sociología de la mafia “pasen inadvertidos”. Comentarlos significaría dar un paso peligroso para los intereses mafioso de los monopolios intelectuales del país.

Todo aquel, además, que se atreva a criticar a la mafia, será acusado por ésta “de palabra, no por escrito” de **estar movido por la envidia, la frustración, la amargura**. Tomando en cuenta que criticar es “dar importancia”, sólo se comenta algo ajeno a la mafia cuando hacerlo ofrece cierto interés para el grupo. Las réplicas, por otro lado, son unilaterales, y tendenciosas: no se publican los artículos críticos completos, se reproducen citas sacadas del

contexto, etc. Aunque los miembros de la mafia salen beneficiados con su participación en el “grupo selecto” (con su pertenencia “anónima” en un equipo inexistente), no deja de tener, en ocasiones, contradicciones entre ellos. Es cierto que, en cada mafia, se reconoce una jerarquía. Hay ángeles, arcángeles, querubes y potestades. Es indudable que, en cada mafia, hay un **jefe máximo** y los demás, rindiéndole pleitesía, no dejan de soñar, en su fuero interno con el **derrocamiento**. A veces esta es la razón de fondo de ciertos desplazamientos individuales de una mafia a otra o, si existe la posibilidad, de escisiones que generan nuevas mafias.

Para realizar la sociología de la mafia no es indispensable “dar nombres”. No tienen objeto decir, por ejemplo, que en una mafia están Octavio, Ramón, Tomás, Gabriel o Marco Antonio y en otra Carlos, Jorge, Rolando y David. Del mismo modo que para analizar a la burguesía mexicana no es imprescindible hablar de Trouyet, Garza Sada o Aarón Saenz. Lo importante no es aludir a que tales o cuales **personas** se han agrupado en una mafia, sino subrayar el hecho de que la sociedad capitalista genera necesariamente estas mafias.

Es necesario indicar, por otro lado, que toda mafia tiene como finalidad crearse un público. No sólo en el sentido de organizarse una demanda, sino en el de rodearse, por así decirlo, de la admiración, envidia, respeto del mayor número de lectores. Una mafia cumple su objetivo cuando hay un número grande de personas que “sueñan” con pertenecer al “grupo selecto” y estar “en el candelero”.

Una sociología de la mafia no puede olvidar, finalmente, que toda mafia es una **mafia de clase**. La mafia dominante expresa los intereses de la clase dominante. En México, por ejemplo, la táctica democratizante del gobierno reaccionario se llama **aperturismo**. Esta es la razón por la que la mafia dominante, al tiempo que es, en lo esencial, **antiproletaria**, se hace copartícipe de la demagogia oficial, y se presenta como depositaria de los intereses populares,

cuando no es otra cosa (además de todo lo dicho) que la avanzada intelectual de una nueva táctica burguesa. La mafia que más le conviene a un gobierno que promueve la “apertura” no puede ser sino aquella que, al **jugar a la independencia**, a la “impugnación serena” de los excesos burgueses, le hace el juego, con su reformismo, a la política burguesa que dice combatir.

Dada la base material de que dispone “subvencionada de modo directo o indirecto por el estado capitalista” la mafia dominante ejerce, además, la **censura** dominante. Su “apreciación crítica” deviene, de hecho, la discriminación entre “lo que vale” y debe ser propalado a los cuatro vientos y “lo que no vale” y carece de derecho a la existencia. La mafia censura, discrimina, prohíbe. **Se hace pasar por la historia** y lo hace no sólo respecto al presente “en que el puñado de escritores elegidos hace cola para ingresar a la eternidad, mientras los otros son condenados al infierno de la nada” sino también respecto al pasado de nuestra literatura. Se ejerce la censura hacia atrás y hacia adelante. La arbitrariedad mafiosa decreta quién es quién en la cultura nacional. Es de subrayarse que esta “revaluación del pretérito”, como la “apreciación crítica del presente”, no está basada en ninguna consideración crítica seria, objetiva, con sólidos fundamentos, sino que se sustenta en los gustos de la mafia o, lo que es peor, en las **opiniones personales** del dirigente de la misma.

La historia, sin embargo, no ha pactado ni puede pactar con la escala de valores y el procesamiento extraestético de la mafia. Cuando pase el tiempo, la glorificación artificiosa de los unos, el prestigio prefabricado de los otros, la trascendencia inventada de los demás, se vendrá necesariamente abajo y cada quien ocupará el sitio que le tiene reservada una posteridad ante la cual se estrellarán todos y cada uno de los trucos publicitarios que con tan buen resultado emplean hoy por hoy los escritores mafiosos.

En el siglo XXI estas mafias ya son recuerdos evanescentes de grupos amafiados por la pedantería, el esnobismo y el cultivo

sistemático del autoelogio. René Avilés Fabila no dio nombres, pero los dibujos precisos que hizo de sus personajes no dejaron lugar a dudas; ahí estaban Fernando Benítez, José Emilio Pacheco, el pintor Cuevas, Monsiváis, Juan García Ponce, Luis G. Piazza, Carlos Fuentes, Emmanuel Carballo y demás nómina de la revista “La Cultura en México” en la cual se colaron dos personajes siniestros: Héctor Aguilar Camín y el judío Enrique Krauze, quienes en los años 90 comenzaron a formar sus mafiecititas.

A la muerte de Benítez, la Mafia, que había perdido cohesión, fue sustituida por otra tan nefasta como aquella: la de Octavio Paz. Los nombres que omite por delicadeza e higiene intelectual el poeta González Rojo, los da la Rana Roja con mucho gusto: Octavio Paz, Ulalume González de León, Alvaro Mutis, Alejandro Rossi, Julieta Campos, Salvador Elizondo, otros integrantes menores y Krauze, quien a la muerte del Pope heredó los restos de la mafia paciana llevando como lugartenientes a dos deplorables sujetos: Christopher Domínguez y Adolfo Castañón.

REQUIEM PARA CARLOS MONTEMAYOR

Y a propósito de los divos y divas de las mafias literarias, vaya el siguiente texto como requiem para Carlos Montemayor

Montemayor haciendo la guerra en su paraiso

Por Fernando Reyes.

Ésos son escritores y no otras divitas encerradas en la complejidad de su ser, absortas en los prolegómenos de su creación, inmersas en la fenomenología de su hermenéutica, demiurgos immaculados, alejados de cualquier viso popular y lúdico. Cómo van a manchar su manos

escribiendo de otra cosa que no sea su finísima y agudísima manera de mirar el horizonte que se pierde en sí mismos; cuándo enlodar sus exquisitas prosas y soberbias poéticas. Ellos no leen a otros coetáneos, por qué perder el tiempo con principiantes. No exagero, los hay, lo he conocido. Literalmente me han dicho "yo no me rebajo a leer para bachilleres o trabajadores que no tienen ni la más remota idea de lo que es el arte" y cosas parecidas. Siempre lo he dicho y no me cansaré de hacerlo. La pluma puede estar al servicio de fines más allá de los meramente estéticos. **Ética y estética** lo han dicho tantos. Me encanta ver las plumas de Sicilia o Leñero o Montemayor en el *Proceso*. Me encanta que Alfonso Reyes y Luis Guzmán hayan escrito crítica de cine (bajo el pseudónimo de Fósforo). Me encanta saber que Novo y Del Paso hayan hecho publicidad. Respeto el trabajo de Luis Eduardo Reyes y Flavio González Mello en la televisión comercial. Como Rascón Banda, Tomás Mojarro y Cristina Pacheco, Carlos Montemayor fue otro puente entre la alta cultura, y los de abajo, los sin voz, los "incultos", los jodidos que no saben de magnificencias grecorromanas, del dulce estilo novo, de la nouvelle vague, del Sturm und Drang, de la escuela estructuralista, de la Gestalt, "pinches nacos". Cuánto hacen falta esos puentes.

En fin, imaginen a Montemayor diciendo "ya leí la literatura centroeuropea, ¿para qué leo a los griegos? Ya leí a los griegos ¿para qué leo a los de lengua indígena? Ya gané el Aguascalientes para qué escribo cuentos. Ya escribí una novela sobre la guerrilla y un ensayo sobre el zapatismo ¿para qué escribo sobre el narco y la corrupción?" Imagínenselo diciendo "Yo soy escritor, no tengo por qué estar mediando en mesas de diálogo".

Carlos Montemayor seguramente ya está haciendo lo mismo allá en su paraíso. Perdón de nuevo por el ex abrupto. Cada vez estoy perdiendo mi lugar en esta magnánima República de las letras mexicanas. **F. Reyes.**

NECROFILIA

Un hombre fue puesto delante de un juez, acusado de necrofilia.

Le dice el juez:

-En 20 años de magistratura nunca ví una cosa tan baja e inmoral, como la de tener sexo con un cadáver...

!Déme una sola razón para que yo no lo encarcele y lo deje bajo llave de por vida!

El hombre responde:

-Yo no le voy a dar una, sino TRES buenas razones:

1º) No es de su incumbencia,

2º) ella era mi esposa; y

3º) yo no sabía que estaba muerta... ¡siempre actuaba así!

FUE ABSUELTO EN EL ACTO

ENTREVISTA A LA CANTANTE DE RANCHERAS

En La Jornada del 3 de marzo pasado, apareció una entrevista hecha a Consuelo Sáizar con motivo de haber cumplido un año al frente de Conaculta.

Para comenzar, hallamos un grave error en la inserción – seguramente pagada– de la nota, pues apareció en la sección “Cultura”, siendo que debía de estar en la de “Espectáculos”, toda vez que esta señora es mejor conocida por el mote de “La cantante de rancheras” por sus habilidades como jilguero rezandero y mendaz.

Manifiesta que “la Biblioteca Vasconcelos cumple sus objetivos a la cabalidad pues la aprovechan de una manera conmovedora los muchachos de las colonias Morelos, Guerrero y Santa María la Ribera”. De modo que, Fox gastó cerca de dos mil millones de pesos para que los chicos de tres colonias vecinas la aprovechen “conmovedoramente”. Esto es, apenas entran, lloran a moco tendido, porque tienen a su servicio un enorme y lujoso elefante blanco que nunca imaginaron existiera casi exclusivo para ellos. Eso ha logrado la “Cantante de Rancheras” en un año en esa parcela proletaria de la ciudad. ¡Conmovedor!

Como se sabe, antes de apoderarse de Conaculta, “La cantante de rancheras” fue directora general del FCE, cargo al que llegó en tiempos de Fox por ser miembro del Yunque y también una reconocida mercachifle de libros. Ella no lee libros, pero sabe venderlos. Como cualquier verdulera de la Central de Abastos, no sabe cultivar verduras, pero sabe venderlas. Ahora vende proyectos de Conaculta, lo confiesa en la mentada entrevista. Gracias a ella, la hipócrita y retrógrada iniciativa privada ha penetrado Conaculta. ¿Cuánto vale la Institución? No importa el precio, Slim la compra porque ella la vende. Experta mercachifle.

El reportero pregunta qué hay de cierto en los rumores frecuentes de que pronto dejará el cargo. No lo niega ni lo confirma, sino todo lo contrario: Ignoro los rumores, estoy trabajando con entusiasmo. Sí, trabajando para la clerigalla, para el Yunque y para los Legionarios de Cristo. Y mientras, canta: Soy virgencita, y riego las floorees...

Faltan 985 días para que esta cerda sea echada a patadas de su chiquero.

